

Frente libertario

NUMERO 564

EL PROBLEMA DE LA BUROCRACIA

Hay que distinguir entre la necesaria
y la superflua para eleminar sin
contemplaciones esta última

En más de una ocasión nos hemos ocupado de la hipertrofia que se advierte en múltiples esferas oficiosa más bien, de la España antifascista. Esa hipertrofia de organismos de todas clases, con un personal que a todas luces resulta excesivo, y que da lugar a que cualquier problema de ínfima categoría, a que cualquier cuestión intrascendente, se convierta en nuevo nudo gordiano que si, en alguna ocasión puede deshacerse no lo es sino a costa de improbables esfuerzos de innumerables trámites y de considerables pérdidas de tiempo. Y esto no es ni más ni menos que una consecuencia de la excesiva burocracia que se ha adherido a las instituciones y organismos de la vida estatal, sindical y política de nuestro país.

No vamos a incurrir en la peligrosa generalización de afirmar que toda la burocracia, absolutamente toda, es innecesaria. Sabemos perfectamente que la complejidad de la vida moderna impone la absoluta necesidad de la existencia de organismos burocráticos. Pero sabemos también que existen otros muchos organismos que son completamente inútiles y que en aquellos que hemos designado como necesarios, al sociarse de esa misma necesidad, se atargan las listas de personal y se inflan las nóminas en una medida que sobrepasa en mucho lo conveniente. Por esto, cuando hablamos de podar con mano firme el frondoso árbol burocrático que consume gran parte de las energías de nuestro pueblo, nos referimos, no a la eliminación de toda la burocracia, sino únicamente a la supresión de la que sea superflua. Por esto también, cuando atacamos a la excesiva existencia de

hacer y que los Comités lo ha-
cemos únicamente contra los que es-
torban.

Del exceso de la burocracia surgen consecuencias nocivas, cuyo alcance es fácilmente previsible; y el origen de ese exceso de burocracia hay que buscarlo en la afición de muchos españoles a disfrutar de lo que se llama "un sueldecito seguro", que no es, ni más ni menos, que el afán de eliminar de nuestro futuro cualquier contingencia que obligase a salir al interesado, de la inercia somnolienta que se ha propuesto como aspiración suprema de su vida.

Es el vicio de la empleomanía el que ha dado lugar a la lamentable situación que de hecho se presenta en España; y es el mismo vicio el que ha dado origen a que se multi-

pliquen por todas partes los **Comités** de todas clases, que son, muchas veces, no sólo inútiles, sino profundamente nocivos.

La labor de semejante exceso burocrático y los perjuicios, las dilaciones y los inconvenientes a que la misma da lugar, saltan claramente a la vista: surgen órdenes a montones, contraórdenes casi en la misma medida que órdenes; todo crece, se complica, se dificulta... se convierte en masa ingente el número de los hombres que quieren intervenir en todo, tanto en lo que deben como en lo que no deben, y son muchos los que se dedican, amparados por una supuesta función que sólo en su mente tiene carácter de necesaria, a incoordinar, a enredar y hacer el vago.

Contra toda esta fauna de personajes inútiles, de estorbos de todas clases, de enredadores persistentes, y de vagos de la peor calaña, es contra los que hay que combatir y contra los que combatiremos infatigablemente.

Es urgente ir a la revisión J
o... de los Comités que
existen en la España antifascista,
para discernir claramente entre los
necesarios y los superfluos; es ur-
gente ir asimismo de una manera
decidida a la revisión de cuantos co-
mités existen para determinar cua-
les deben subsistir y cuáles deben
ser suprimidos; y es, asimismo, ur-
gente, ir a la revisión de los funcio-
narios y miembros que en organis-
mos y en comités existen, para se-
parar de ellos a todos los inneces-
arios, vagos y enredadores.

Pero todo esto, con un criterio de máxima austeridad, y de absoluta justicia; y, sobre todo, sin dar lugar a que la revisión a que aludimos haga nacer una nueva burocracia, en la ya frondosísima que padecemos. Que no haya manera posible de que en la España antifascista de 1938 se produzca el fenómeno a que dió lugar la famosa Ley de Restricciones del inefable Chapaprieta.



La revolución diferida

● A los que creen que la Revolución es una hidra de siete cabezas. Cordialmente.

"No es la hora de la Revolución", se oye clamar una y otra vez en los ámbitos de la España antifascista; "No es la hora de la Revolución", repiten insistentemente, con temblores de algo que parece pánico, los que dicen: "No son momentos adecuados para hacer la Revolución", dicen quienes muestran una cierta debilidad para ganar la guerra... y por salvar sus incipientes --o ya orondos-- vientres aburguesados. Y el "primero ganar la guerra" que lanzaron los que dicen: "No es la hora de la Revolución", no es ni más ni menos que una palanca que se pone en juego para diferir la Revolución, todos esos que miran constantemente su reloj para saber la "hora que es o de que no es", ¿saben lo que es la Revolución? ¿Se han dado cuenta de lo que esa palabra significa? ¿Comprenden cuáles son las obligaciones y los deberes que impone? Creemos sinceramente que no; de otra manera no perdería en ellos ese temor mítico hacia la Revolución; no sería ésta un nuevo "tabú" para hombres atareados; y esa estampa de revolucionario que bulle en sus mentes acaloradas --larga melena, rostro afilado, tea incendiaria en una mano, bomba en la otra y ríos de sangre a sus pies--, se hubiera trocado por otra menos terrorífica, menos truculenta..., más siglo XX, en una palabra.

No nos cabe la menor duda de que quienes afirman que "No es la hora de la Revolución", identifican el contenido práctico de esa palabra con catástrofes, barbaries, destrucciones, arrasamientos de todas clases. creen que la revolución es algo tan desorganizador, tan castigo, tan irreverente y tan brutal, que aniquilaría la desorganización, el caos, la irreverencia y la brutalidad que la guerra representa. Si la guerra es una catástrofe, y ellos consideran a la Revolución como una catástrofe más, es lógico y natural que afirmen, desgañándose, que no es la hora de la Revolución; porque puestos a sufrir catástrofes, ya lo es suficiente la guerra. Pero al pensar así, al afirmar esto --e implícitamente lo afirman cuando dicen una y otra vez que no es la hora de la Revolución--, demuestran claramente que ni saben lo que es la Revolución, ni conocen el contenido y alcance de la misma.

Porque la Revolución no es catástrofe, ni barbarie, ni destrucción. Antes al contrario: Revolución equivale a superación constante, a aumento y definición de responsabilidad, a resolución de problemas, a dominio de la justicia y de la equidad, a satisfacción de necesidades, a imperio en todas las relaciones sociales de un profundo sentido de humanidad de que carecieron las sociedades pasadas y de que carece la sociedad presente. Todo eso es la Revolución. Y resulta claro que todo eso, ni puede dejarse para mañana, ni es incompatible con el cumplimiento de los deberes que la lucha que sostenemos nos impone. Antes, al contrario; refuerza esos mismos deberes y suministra mayores energías para arrostrar los momentos difíciles.

Por esto, a los que dicen "No es la hora de la Revolución" nos limitamos a preguntarles: "Pero, ¿sabéis lo que es la Revolución?"

Es necesario recordar los deberes a quienes se obstinan en olvidarlos.

Frete libertario

Redacción y Administración
COMITE DE DEFENSA
Sección de Propaganda
Serrano, 111. Teléfono 370

"EL QUE SE PARA, ESTA PERDIDO"

Es toda una consigna totalitaria

Ruedan por el mundo opiniones diversas sobre la situación internacional. Al lado de la que sustentan los gobernantes de las democracias, que tienen el deber de no ver la guerra hasta que estalle —para no poner a sus pueblos en estado febril—, lo que de ningún modo implica que dejen de armarse, por si acaso, hay opiniones que pueden sustentarse con desembarazo, sin responsabilidad y sin aquilatar consecuencias. Tal la del conde Sforza, exultado de Italia por liberal y que tiene arquivadas tragedias y anécdotas que cosechó a su paso por el ministerio de Negocios Extranjeros de su país.

Sforza ha recordado el discurso de Mussolini en Génova, del 14 de mayo. Y del discurso, esta frase: "El que se para, está perdido". A la frase le añade Sforza el milenar ideograma chino, que parece escrito para los dictadores fascistas: "Cabalgan sobre un tigre". Contra el ideograma chino, hay un refrán castellano, que parece hecho a la medida de algunas Internacionales obreras: "Camina al paso de una tortuga". Y ved por dónde, entre frases, ideogramas y refranes, hemos encontrado la médula del fascismo y de las democracias.

Porque el andar y el estar parado tienen, en la marcha de los mandos, extraordinaria importancia hay quien camina sin cesar —el fascismo—, embalado, salvando baches, curvas y montículos, y llega a su meta. Hay quien se para —las democracias— y cuando quiere recordar ya no puede salvar la distancia que le separa de los que cabalgan sobre un tigre. Y hay unos pueblos y unas muchedumbres proletarias que marchan, pero con paso tan lento, tan cansino, que parecen tortugas.

Veamos un hecho retrospectivo. Cuenta Sforza que la timidez, con sus concesiones y con sus silencios, de los Gobiernos francés y británico, hicieron creer, antes del año 14, en Viena y Berlín, que se podía intentar todo. "A pesar de los tratados libremente firmados por el Francisco José decretó la total anexión de Bosnia-Erzegovina y he aquí que París no pensaba sino en calmar a Roma y a Petersburgo, justamente indignados por el procedimiento, mientras Londres redoblaba sus cumplidos hacia el "venerable Néstor de los monarcas". Alemania pedía colonias, amenazando con "centellas si no se le entregaban". E Inglaterra destacaba inmediata mente a lord Haldane a Berlín para buscar una combinación que permitiera se anexionar al Reich los territorios africanos de un pequeño y secular aliado del Reino Unido."

Se observa la semejanza de aquella situación del 14 con esta del 38? El europeo tropieza muchas veces con la misma piedra. Muchas. Tantas, que Sforza, que ha encontrado por París a un antiguo embajador de Francisco José, estampó este comentario, que le sale del alma: "En verdad te digo, con el derecho que ahora siento por todo: en Viena teníamos derecho a creer que nos dejarían invadir Serbia; en Berlín tenían derecho a pensar que Londres y París cederían siempre. CASI PODRIAMOS ASEGURAR

QUE FUIMOS ENGAÑADOS..."

Que fuimos engañados... ¡Que lección y qué recuerdo! Pensemos ahora en nuestra guerra, en la de España, en la anexión de Austria, en el zarpazo de Abisinia, en el golpe que se prepara a Checoslovaquia en el Comité de No intervención, en Chamberlain y en Daladier, en la City y en la Bourse, y estaremos preparados para leer estos juicios doloridos con que termina sus evocaciones el conde Sforza: "Escuchando al querido anciano, cuya sinceridad es absoluta, pensé que si la historia se repitiera —como se repite desde la provocación hasta la victoria—, los diplomáticos fascistas tendrían también derecho a murmurar: nos han engañado..."

Tal como viene

El dolor del mutilado

Hemos recibido el artículo que textualmente reproducimos a continuación:

¿Quién comprende el dolor del mutilado?

No contestaré a esta pregunta para no equivocarme; pero, en realidad, pocos, muy pocos, son los que saben de la amargura del que perdió un trozo de su cuerpo en los campos de batalla.

Aclararé para que muchos maliciosos (tal vez de la quinta columna) no crean que esa amargura es por haber perdido un trozo de su cuerpo. Los que han dado un miembro por la Causa inmaculada de la independencia española, están contentos y orgullosos de que los quede vida todavía, para seguir labrando, todo lo que les permita su mutilación Y NUNCA INUTILIDAD por nuestras libertades.

Muchos camaradas cayeron para no levantarse jamás, otros caímos menos gravemente y una vez curados ESTAMOS DISPUESTOS A VOLVER A DAR NUESTRA SANGRE Y MAS SI ES PRECISO, lo digo por mi cuenta propia en la seguridad de que todos mis hermanos de la Liga piensan igual y muchas veces lo han demostrado.

¡Ah! Pero nuestra amargura es otra cosa muy diferente, nuestra amargura son esos señoritos. ¿Quinto-columperos? que en nuestra retaguardia ocupan, desgraciadamente para el bien común, unos puestos que debían ser sus "propietarios" los únicos que no pueden estar en primera línea: ¡LOS MUTILADOS! y en su imposibilidad los de Servicios auxiliares. (14 de mayo de 1938)

¡NO! muy fuerte, VEINTICINCO MESES DE GUERRA NO SE PUEDE CONSENTIR ESO!

Todos tenemos a nuestra familia, a la que queremos y amamos lo mismo que esos mangantes puedan querer a la suya, a la que dejamos, sin dudarlo, ante el peligro que co-

rrimos si vencía la militarada carcomida, y si eso hicimos contra unos malos españoles, ¿qué no haríamos contra unos invasores que quieren robarnos la patria en que nacimos? Muy sencilla es la respuesta: ir todos, sin quedarse atrás ni uno, a defenderla, no delante de la máquina de escribir, sino en el campo, salir al encuentro de la bestia y aniquilarla, que para la máquina de escribir, repito, ya quedan los mutilados.

¡ALBRICIAS! El Gobierno ha lanzado un decreto para emplear a los mutilados

Esto es inadmisibile, y el que hacia nosotros muestra esas maneras, no es digno de llamarse antifascista, todo lo contrario, emboscado y juzgarle, ¿por qué no?, como desafecto. Tomen buena nota las autoridades y evitenlo, que en sus manos está impedirlo.

Perdonadme, lectores, que no sea este un artículo con palabras técnicas y le falte sal; pero está escrito por un analfabeto en esta materia y con el corazón convencido de que será comprendido por los antifascistas "fetén".

No somos ex hombres, como nos han llamado; somos hombres conscientes que queremos seguir luchando hasta el total aplastamiento del fascismo y los invasores.

¡VIVA LA REPUBLICA!

¡VIVA ESPAÑA!

Un mutilado de guerra.

Visado por la censura



Como esperábamos, el discurso de John Simon ha sido una decepción inglesa más

Ya habló John Simón; la expectación suscitada con el anuncio de su discurso, ¿ha respondido a la esperanza que en los medios democráticos se esperaba? Los párrafos más esenciales de la peroración del prestigioso jurista inglés serán su mejor comentario, y por ellos veremos que, una vez más, la decepción nos ha venido de Londres.

El prohombre tory ha proclamado que la guerra no es inevitable; que es posible entenderse con las naciones siempre que no se realice una política que repugna a los ingleses, educados en la tradición de la democracia parlamentaria.

Estas palabras ya serían bastantes para pronunciarse en contra de esta donosa manera de hacer frente a los tragediantes europeos, pues-

to que en los dos años que llevamos de política de "no intervención", Inglaterra, a pesar de que los que nos han invadido —Italia y Alemania—, son enemigos de esa misma tradición de la democracia parlamentaria inglesa, se ha comportado con una democracia, con la española, negando esa misma manera de ser inglesa, encadenándonos al legalismo del sanedrín de Londres, privándonos, contra derecho, tan exaltado por sir John Simon, de la adquisición de aquellos elementos de defensa contra los Estados totalitarios que nos han invadido.

Este hecho es más contundente que las palabras del viejo político inglés, muy sobrias y bellas; pero excesivamente sarcásticas, desde el momento mismo que los hechos han venido a demostrar que sólo eran eso: palabras.

Pero todavía dijo el distinguido jurista británico, dejando al aire la política desarrollada en defensa de la política tradicional inglesa, esto es, la democracia parlamentaria, al decir que la política inglesa se basa en la subordinación de la fuerza a la razón del derecho, que es el ideal de la Sociedad de Naciones, precisamente cuando se acuerda en Ginebra que no se discutan las violaciones que los estados totalitarios vienen cometiendo con España, tanto en lo que afecta al Derecho internacional, recordado por John Simon, como en lo referente al derecho de gentes, violado reiteradamente, así como el más elemental sentimiento de humanidad, escarnecido con la incrementación de los bombardeos a las ciudades abiertas, asesinando a sus inermes poblaciones civiles, siendo de la Comisión de encuesta inglesa.

A esto ha quedado reducido el discurso de sir John Simón a un gasto de palabras sonoras, el mejor incentivo para que el crimen siga haciendo su obra y la desmoralización continúe, como dijo el "Daily Herald", al pedir al prohombre tory que lo tuviera que decir que lo dijera claro, o como escribía "L'Ordre", con referencia a como se podía mantener la paz frente a los que preparan la guerra en Europa, haciéndola sin declararla en España. La paz sólo puede ser evitada con estas dos condiciones: primera, que Francia esté unida y sea fuerte, y que esto se sepa, y segunda, que Gran Bretaña esté dispuesta a combatir al lado de Francia, y que lo diga.

Pues bien; por el discurso decepcionante de sir John Simon hemos visto que ni ha hablado claro como esperaba el diario laborista inglés, ni se ha comprometido a garantizar la paz como pedía el periódico de París. Y así luce el pelo a las democracias, mientras Runciman no representa al Gobierno británico en Praga, sino a esa cosa tan extensa y vaga, como son todos los hombres de buena voluntad de todo el mundo, tan poco contundente para parar en seco a los tiranos que desee Berlín y Roma están imponiendo su ley de bronce a esta Europa desmolidada.



S. U. de las I. del P. y A. G.-C.N.T.